

## ¿NUEVOS LENGUAJES EN NIÑOS Y ADOLESCENTES? REFLEXIONES A PARTIR DEL CASO CLÍNICO DE LUCIANO

Agustina Pérez Gomar\*

### A modo introductorio

**D**esde el psicoanálisis sabemos que son muchas las formas de comunicarse, y que la tarea compleja del psicoanalista es poder comprender y saber interpretar la forma que cada uno tiene de transmitir aquello que surge del inconsciente. Me pregunto si son nuevos los lenguajes o simplemente son nuevos para nosotros, quienes desconocemos este tipo de formas de comunicación. Considero que es nuestra tarea, como lo fue a lo largo de los tiempos, aprenderlos e incorporarlos.

El caso que expondré se trata de un adolescente, llamado Luciano, con quien trabajé durante casi dos años. En esos años aprendí, entre otras cosas, un lenguaje diferente del cual estaba acostumbrada y que al parecer no muchos quieren comprender. Sus marcas en el cuerpo, conductas y lenguaje tumbero dejaban implícito su contexto. Esta era la forma que los reclusos utilizaban para comunicarse entre ellos y describir cuestiones relacionadas con la delincuencia, de tal forma que la policía no los pudiera descubrir. Con el tiempo esta forma de comunicarse fue más allá de los barrotes, siendo utilizada por las clases sociales más vulnerables y adquiriendo ese tipo de expresiones como su lenguaje cotidiano, al que llaman lenguaje plancha o lenguaje tumbero. En dicho lenguaje la metáfora no parece existir, cada palabra tiene un significado particular y un valor determinado. Muchas de estas palabras y expresiones tuve que ir aprendiendo para poder escuchar lo que verdaderamente mi paciente decía. Ejemplo de ellas son: ñieri que refiere a pibe, compañero que significa amigo, merca que es sinónimo de pasta base y prendé las luces para expresar que no hay nadie, entre muchas otras.

---

\* Licenciada en Psicología egresada de la Universidad de la Republica Oriental del Uruguay. Especialista en Psicoanálisis con Niños (UCES-APBA), Buenos Aires, Argentina. Especialista en Psicoanálisis con Adolescentes (UCES-APBA), Buenos Aires, Argentina. Recopiladora del libro: *Haciendo Humo mi historia, el libro de vida de Luciano*, libro escrito por Luciano y publicado en 2014.

No solo el lenguaje de Luciano era diferente sino que él vivía en una realidad con determinados códigos, con determinados tiempos, en donde lo que prevalece es lo que se actúa en tiempos cada vez más reducidos. Aspectos que no podía dejar de lado si quería trabajar con él. Esto me obligaba a realizar el ejercicio constante de aprender a escuchar e interpretar esta forma de transmitir su mundo, tanto interno como externo, que para mí resultaba novedosa. También he tenido que trabajar siempre con la incertidumbre de que quizás el próximo día no lo encontrara con vida.

### **La vida de Luciano. Su historia familiar. Contextos institucionales. El análisis y las múltiples transferencias**

Luciano tiene dieciséis años de edad al momento en que comienzo a trabajar con él. Lo conozco en CECAP, institución de educación no formal dirigida a chicos en situación de vulnerabilidad social y desertores de la educación formal. En dicha institución mi labor era referenciar un grupo de adolescentes, trabajando con ellos y con las familias diferentes aspectos, tanto personales como grupales, durante todo un semestre. El trabajo estaba centrado en generar espacios de creatividad, promoviendo nuevos ambientes, fortaleciendo vínculos y trabajando el sentido de pertenencia. A su vez, se los acompañaba y apoyaba hacia una nueva posibilidad de inclusión social.

El primer día que trabajé con el grupo, del cual Luciano formaba parte, me acerqué en el espacio de uno de los talleres, y él me dijo: *“yo la conozco de algún lugar ¿Usted trabajó en INAU?”*. Yo no trabajé en esa institución, pero sabía que me estaba queriendo decir algo, ya que INAU es el Instituto del Niño y el Adolescente en Uruguay, al cual llegan los menores huérfanos o infractores de la ley. A partir de ese momento y a lo largo del semestre, Luciano comenzó a contarme de diferentes formas su historia de vida.

Luciano llegó de Treinta y tres<sup>1</sup> a vivir a Montevideo con su abuela materna y su hermano menor de ocho años. Ambos vivían hasta ese momento con su madre, quien presenta un diagnóstico de Trastorno bipolar. A Luciano lo habían expulsado del liceo y de varios centros educativos porque desde los nueve años robaba para ayudar a su madre. Es por este motivo que lo internaron en el INAU, institución de la cual escapó rápidamente y en reiteradas oportunidades.

---

<sup>1</sup> Departamento de Uruguay que se encuentra aproximadamente a 300 km de Montevideo.

Luciano durante varias conversaciones, algunas sentados en una plaza, otras compartiendo actividades lúdicas, otras dentro de los talleres -dado que eran los encuadres que consideraba que podía sostener- me manifiesta haber vivido cosas muy fuertes en su infancia. Una de ellas era que su madre habilitaba el robo y estaba en pareja con un hombre que consumía drogas, llegando algunas veces a consumir junto a él. La vio internada varias veces en dependencias psiquiátricas, situación que lo angustia. Con culpa dice: *"igual la amo. Yo lo único que quiero es que mi hermano no viva lo mismo que yo"*. También relata que dormía con su madre y su hermano en la misma cama. Me cuenta que las cosas que vivió solo él las sabe, que van a quedarse guardadas y expresa: *"ya pasaron, ya está"*.

En relación a su padre comenta que no mantiene contacto hace años y que sabe que está viviendo en la calle. De su padre dice: *"es chorro"*. Su abuelo paterno, con quien tenía un vínculo muy fuerte y era su referente, robaba para vivir y por eso estuvo algunos años en prisión. De esta situación se entera hace un tiempo, así como también descubre que tiene otra hermana por parte de padre de la misma edad que él, y con la que mantenían contacto sin saber que eran hermanos. *"Cuando lo supe no le podía decir nada, ella ni siquiera tiene el mismo apellido. Nos mintieron siempre"*, expresa Luciano.

En CECAP, respecto a su grupo, Luciano intentaba mantenerse al margen. Cuando quería realizar las tareas rápidamente las concluía. Aducía que se *"aburría"* motivo por el cual solicitaba ir al baño. Esta salida era la excusa para realizar algún tipo de acción que corrompía las normas institucionales. Todas estas acciones él las realizaba de forma habilidosa, sin hacer notar ningún tipo de disturbio. Actuaba en silencio y solo. Yo observaba que Luciano en ciertos momentos me demandaba mucha atención, trataba siempre de generar disturbio, provocando en el resto del grupo un desequilibrio. Él buscaba continuamente mi atención, mi mirada. Situación que se fue incrementando a lo largo del tiempo. Claramente probaba mis límites, hasta dónde soportaría esas conductas, hasta dónde podía llegar. Me dice: *"yo hice de todo, porque la estaba probando, yo sabía que se iba a cansar de mí, pero no lo hice"*.

A lo largo de ese primer semestre se logra sostener a Luciano dentro de la institución, aún habiendo robado. Se intenta trabajar desde adentro. Sin embargo, una vez que renuncié a mi cargo, la dirección decide expulsarlo.

Se había generado un vínculo con Luciano y su abuela. Las demandas de la abuela y las constantes solicitudes de ayuda de Luciano hicieron que me

cuestionara desde qué lugar actuar bajo esa circunstancia. Es así que decidí comenzar a trabajar desde mi lugar de psicóloga. Sabía que la situación de Luciano estaba cada vez más comprometida. De allí que apunté a intentar institucionalizarlo nuevamente.

Lo primero que le propuse era que ingresara a la escuela técnica donde en ese momento me encontraba trabajando y así posibilitar mi referencia nuevamente. Previo al comienzo del curso se comunica para transmitir que no va a concurrir diciendo: *“no quiero quemar todo con usted, yo sé que me voy a mandar una cagada, y a usted no le puedo hacer eso”*.

Mientras tanto, Luciano comienza una psicoterapia individual en una clínica del barrio. La psicóloga me informa que él no concurría la mayoría de las sesiones. También comienza actividades en otro centro de apoyo a jóvenes. Las encargadas de dicho lugar me llaman solicitando mi referencia y opinión para ver la forma en que deberían actuar con Luciano, ya que había robado una vez más. Al parecer, tanto la abuela como él, me nombraban como *“la única persona que se preocupó por el joven”*. Frente a las demandas, yo intentaba generar una red que lo sostenga y me sostenga. Me comunico con la psicóloga particular, quien me informa que prácticamente no concurre a su espacio. Y a las semanas vuelven a expulsarlo del centro juvenil.

En ese momento comencé a preguntarme si esto de institucionalizarlo era algo que Luciano necesitaba o, por el contrario, le reafirmaba el lugar de excluido. Se reforzaba esa sensación de que nadie podía sostenerlo, de que nadie podía escucharlo y entenderlo. Observé que era yo quien necesitaba un respaldo institucional para no trabajar sola, como es aconsejable en situaciones graves como ésta. Pensé que quizá debía cambiar la estrategia.

Continúo trabajando con la abuela. La mayoría de las veces la comunicación era telefónica, hablaba de la hija, del nieto, de su historia. Mantuve también entrevistas con la mamá de Luciano, a quien no conocía hasta el momento. Ella me transmitió que en sus momentos de crisis no recuerda qué hacía, pero que muchas veces estaba días fuera de su casa. En una de las entrevistas la mamá comenta: *“un día Luciano me encontró desnuda envuelta en una frazada, cosa que no recuerdo. Con mi pareja, Luciano se llevaba muy mal. El siente que quiero más a mi pareja, pero no es así. Para mí Luciano es lo que más amo, él me salvó la vida”*. Es de destacar que esta última expresión la repite en varias oportunidades. Su madre cuenta que de chica vivió cosas muy duras, que su padre era alcohólico y le pegaba. También narra que vio cómo moría ahogada una hermana, muerte de la cual se culpa por no haber

podido hacer nada. Ella sintió que su madre y su hermana se complotaron para sacarle los hijos. También me confiesa llorando: *“le voy a decir algo que nunca se lo dije a nadie. Yo consumí cocaína un tiempo, pero no mucha y la dejé sin problema”*.

A Luciano le propongo que se acerque a mi actual trabajo algún día a la semana o más de uno, para que pudiera conversar y poder encontrar con él la forma de ayudarlo. Luciano acepta mi propuesta. Cuando concurría hablaba de los robos en CECAP diciendo: *“yo fui el de los robos, le saqué a todos, la máquina de fotos fui yo, la plata de María fui yo. A la única que no le saqué ni sacaría nada es a usted, y eso que estaba regalada. Podía sacarle algún cigarrillo, pero sabía que se daba cuenta”*. A su confesión intervine comentándole que “estaba regalada” pues siempre confié en él. El confiaba en mí y yo confiaba en él. Esas expresiones ha podido entenderlas y escucharlas. No poder fallarme, no poder mentirme, fue clave para poder seguir trabajando. Luciano, tal como lo dijo, pensó que me iba a cansar pero no lo logró. ¿Sostuve lo insostenible? Sostuve un vínculo en el cual él confiaba y a su vez quería cuidar.

En ese tiempo, que no duró más de tres semanas, Luciano habla de la situación en la que se encontraba. Ya estaba robando armado con una banda del barrio. Cuenta que muchas veces hacía de “camello”, guardaba droga. En esas salidas intercambiaron tiros. Su aspecto estaba deteriorado, producto de su consumo cada vez más frecuente de cocaína y pasta base. Un día Luciano dice: *“ya no quiero que me ayudes, la única forma que podés hacerlo es estar todo el día conmigo. Pero quiero que no me dejes de llamar”*. Durante un tiempo dejé de trabajar con él. Su consumo de drogas y los actos delictivos aumentaban, había robado una casa de cambio, una panadería y la veterinaria del barrio.

La mamá se comunica y me dice que Luciano estaba muy agresivo y le había pegado. Por ello lo internan en un centro psiquiátrico con puertas cerradas. Luego compruebo que la denuncia no fue basada en la realidad sino en el deseo de la madre de poder internarlo de forma compulsiva.

Durante un mes estuvo internado, se lo veía muy mal. Elige escribir en un cuaderno donde expresaba que se sentía muy solo, que sabía que estaba cumpliendo con el castigo, que era la muerte o eso, que era muy duro estar ahí encerrado, que lo pinchaban todo el tiempo, que veía que lo rodeaban locos y que se estaba convirtiendo en uno más de ellos. En el mismo cuaderno pide perdón y agradece a cada uno de los integrantes de su familia.

Cuenta que pide más medicación porque no quiere sentir. También le solicita a los compañeros que lo ahorquen hasta que se desmaye, o se lo provoca él mismo. De la misma forma se corta la piel dejando “marcas de tumbero”. Por ejemplo, se hace los cinco puntos y se marca la primera letra del nombre de la madre y del hermano.

Luciano sale luego de un mes de internación y se va a vivir con su abuela paterna. De allí me llama diciendo que necesitaba hablar. Me comenta: *“abrí la puerta y apareció un señor que nunca reconocí, y era mi padre; estaba en pedo, se sentó y me dijo que no termine en la calle como él, que no se me ocurra robar adentro de la casa y otras cosas. Yo lo escuché, pero no le pude decir todo lo que tengo para decirle. Lo abracé y se fue”*.

Unos días después comienza nuevamente con las mismas conductas de consumo y robos. Surge una disputa entre familias y éstas se contactan con otro centro de internación para jóvenes que se encuentran en situación de consumo problemático de drogas. Luciano rechaza este lugar manifestando que sabe que está en el horno pero que no quiere internarse, que ya no le importa nada y que la droga es la única forma que tiene de olvidarse de las cosas que vivió y aún vive. No quiere dejar la marihuana y dice: *“poder dejar el Basoco cuando quiera”*. Nuevamente expresa su temor a dormir solo. Me dice: *“ya me ayudaste bastante y no sé ni porqué. No quiero escucharte más porque me decís cosas que a veces no entiendo nada, pero que me convence”*. Me da un abrazo, agradeciendo y expresando que me quiere mucho y me da una pulsera de plástico que tenía en la muñeca. Intervine diciendo que yo creía entenderlo, y que si bien me estaba expresando que no quería escucharme más, también me estaba dando algo de él, porque sabía que yo lo iba a cuidar y que iba a seguir estando. Sin embargo continúe expresándole que hasta ahí habían llegado mis posibilidades, que podíamos intentar buscar la forma en la medida que él quisiera. Le dije que comprendía que seguirle el juego del “quiero pero no quiero” no lo iba a ayudar.

Después de varios meses Luciano se vuelve a comunicar conmigo. Me escribe en un Facebook que tengo para los jóvenes con quienes trabajo, contando que va a ir a otro Centro de recuperación y me pregunta si yo podía ir. En su Facebook aparece escrita una frase que me pareció muy significativa: *“la vida me la regalaron, la muerte en cuotas voy pagando”*.

Nos encontramos en el Centro. Una de las primeras cosas que dice fue: *“sus sermones y charlas me sirven, siempre me dejan pensando, a veces más pum para abajo, otras pum para arriba, pero siempre me quedo pensando, y me*

*ponés límites que nunca nadie me había puesto y siempre necesité. Y no sé porqué pero nunca te pude mentir”.*

Continúo el trabajo con Luciano. Particularmente la única que se encontraba a su lado era la abuela paterna, con quien no había tenido demasiado trato. Sin embargo, es ella la que decide sacarlo de la calle, donde vivía hacía varios meses. Luciano vio cómo habían matado a su amigo frente a él con once balazos. También tenía una orden judicial por robo y como ya había cumplido la mayoría de edad, se especifica la necesidad de realizar tratamientos por el consumo como medidas alternativas a la prisión.

Observé cómo seguía pasando el tiempo y Luciano continuaba entrando y saliendo de institución en institución, siendo expulsado de cada una de ellas, así como también de persona en persona. Su abuela materna, su madre y su tía, prácticamente no se contactaban con él. Veía que nada en su vida era lo suficientemente estable para sostenerlo. Mientras Luciano gritaba cada vez más fuerte a través de sus actos, paradójicamente quienes lo rodeaban parecían entender cada vez menos.

Cuando escuchaba a Luciano hablando más de la muerte que de la vida, me enfrentaba con mis propios límites. En mí se generaban estados de confusión y de angustia. Esto llevaba a cuestionarme acerca de los recursos y herramientas psicoanalíticas con las cuales contaba.

### **Los distintos lenguajes de Luciano. Lo que potencia el hablar y la escucha analítica. La importancia del sostén de un vínculo estable, firme y tierno**

Con Luciano se había generado un vínculo en el cual él confiaba, pero yo también sabía que proponerle que venga al consultorio dos, tres o cuatro veces a la semana no iba dar resultado. Entonces decidí comunicarme telefónicamente todos los días. Las primeras veces solo me decía que no quería hablar y yo respetaba su deseo. Otras veces me contaba que estaba re loco, que se ponía tonto y que por eso prefería no hablar. Pero día a día notaba una pequeña diferencia: dejó de rechazar mi llamado y algunas veces me confesaba que lo estaba esperando. Me decía que se sentía triste y que le costaba mucho dormir porque la cabeza no le paraba.

También decidí acompañarlo a las entrevistas con diferentes instituciones, buscando un “lugar alternativo a la prisión”. En varias ocasiones me sentía traductora de la realidad de Luciano y en muchas otras veía cómo no lo ingresaban u “olvidaban” registrar la orden de internación. De todas formas

yo aprovechaba los encuentros y las instalaciones de los Centros, que por lo general no eran mucho más que algún muro para sentarnos, con el objetivo de habilitar la palabra.

Uno de esos días, mientras esperábamos a la psiquiatra de uno de los Centros, se sentó a mi lado. Le pregunto si quería contarme algo. Luciano me responde que sí, pero que sea yo quien le pregunte. Entendí que lo importante era generar cualquier pregunta, y así fue que le dije: ¿cómo te sentís? Fue suficiente para que Luciano se acostara en el piso, cerrara los ojos y empezara a hablar. Manifiesta que se sentía más o menos por las cosas que vivió y vive. Recordó aquellas peores vivencias de su niñez. Entre ellas nombró cuando lo separaron de la madre, cuando se la llevaron a internar, o cuando la mamá desaparecía por días y él se quedaba solo con el hermano chiquito a su cuidado. También cuando su madre aparecía *“toda mal”*.

Le pregunté qué pasaba de noche y me contó que no le gustaba la noche, que siempre tuvo miedo a los fantasmas o espíritus. Dice que no sabe si es miedo a que le hagan algo. Supone que ese miedo le sucede porque merecía que le hagan algo ya que fue mala persona y había hecho todo mal. También indago si le habían hecho algo que recuerde con miedo en las noches de su infancia. Luciano me pregunta si mi mamá me hizo algo alguna vez. Yo le respondí si podía ser eso lo que le haya pasado a él, y me dijo que no. Me cuenta que lo que sí pasó fue ver a la mamá teniendo sexo, pero que eso es normal. Cuando él me refiere esto de la madre, le digo que pienso que eso que veía como algo tan normal, en realidad no lo era. Que él era un niño y sin embargo ocupaba lugares de grandes, se hacía cargo del hermano y de la madre, veía a su mamá teniendo sexo. Le señalo que en ese momento él tenía una cabecita muy chica para entender algunas cosas, las cuales podían haberlo confundido en relación a cuál era su lugar.

En este tiempo una característica de Luciano era pedirnos, tanto a la abuela como a mí, cualquier cosa que tuviéramos: mis pulseras, chicles, cigarrillos. Eran pedidos constantes a lo cuales ambas nos negábamos. En relación a esto le señalo: *“cuando me pedís que te dé cualquier cosa y yo te digo que no, es porque creo que las cosas que me pedís no son objetos que te pertenecen, son mis cosas y me pertenecen a mí y no a tí. Lo mismo pasa con tus pertenencias. No todo es de todos, ni todos los lugares, ni todos los cuerpos”*.

En otro encuentro, mientras Luciano fumaba un cigarrillo, me pregunta si yo sabía qué se necesita para fumar pasta base. Me pregunta: *“¿fuego, pipa y*



*que más?”*. Le respondo que no lo sé y comienza a explicarlo. También me cuenta cómo cocinaba la merca para hacer crack.

Cuando me habla de las drogas, le hago referencia a las prácticas auto infligidas de forma constante donde ejercía presión sobre su cuello ahorcándose. Le pregunto si hacía esto para sentir una sensación similar a cuando consume. Luciano se sorprende al escuchar que sabía de qué se trataba y me responde que sí, que él las llama flasheo tumbero. Cuenta que eso se lo hizo un compañero en el centro psiquiátrico en donde estuvo internado durante un mes, a partir de una denuncia de la madre por violencia doméstica. Expresa que desde allí descubrió esa sensación que le generaba un pegue similar a cuando consume, a veces hasta llegar a la alucinación. Le continúo explicando que aquello que se aprieta es la carótida, una de las arterias principales, impidiendo que le llegue sangre al cerebro y oxígeno a los pulmones y que por eso es una práctica de altísimo riesgo. No solo por las probabilidades de muerte, sino también por las posibles secuelas que pueda dejarle. Luciano me escuchó con atención, pero yo no sabía muy bien si daría resultado positivo o le estaba dando más herramientas para mejorar su muerte. Lo interesante es que a los pocos días esa conducta había disminuido de forma considerable.

En cada conversación sean personales o telefónicas aparecían cosas muy ricas para trabajar. Noté que Luciano escuchaba mis devoluciones y las entendía preguntando aquellas palabras o metáforas que algunas veces yo utilizaba.

Luciano estaba muy preocupado por sus sueños -que le interrumpen el dormir- expresando: *“estoy re quemado, sabías; corté que sueño pero no me acuerdo lo qué”*. Me relata que soñó con su amigo muerto; sabía que estaba con él y le decía algo, pero no se acuerda de más nada. En otra oportunidad comenta: *“soné todo mal, que me tiraban un tiro, y nada que ver. Después soné que limpiaban a un pibe de acá del barrio”*. Otro día me manifiesta haber soñado con su abuela materna y dice: *“la extraño a la vieja, sabías”*. Tampoco recuerda el sueño pero cree estar endemoniado porque habla dormido. Al respecto dice: *“yo me di cuenta que grité abuela, pero estaba dormido, fue raro”*. Como analista veía la insistencia de lo demoníaco. Le comento que no está poseído, que son sueños, y que uno sueña muchas veces con esas cosas que le dan vueltas en la cabeza, y que también a veces puede pasar que se hable estando dormido.

En otra conversación, Luciano comienza a contar que él es fatal. Le pregunto a qué se refiere con ser fatal y con otra voz dice: *“ser Pepito, que tiene*

*diecinueve años*". Luego vuelve a hablar con su voz habitual y me cuenta: *"Pepito es un compañero que achica ahí conmigo, en el hombro derecho y en el hombro izquierdo está el que se manda cualquiera, se llama Juan"* Le pregunto si me pasa con Juan así hablo con él, a lo cual Luciano responde: *"Noooo, Juan hoy se levantó con el pie izquierdo y anda re loco"*. Lo interrogo acerca de lo que hace Juan cuando anda re loco -expresión que Luciano varias veces utiliza para referirse a su estado- y me dice que putea e insulta. Luciano expresa: *"él es el que me dice que me mande cualquiera y Pepito también, se hace el bueno pero también le encanta el faso, pero yo nada. A Juan trato de ni encontrármelo pero con Pepito está todo bien, lo invito a tomar unos mates y todo"*.

Luciano también me habla de la vida y la muerte. Me cuenta que le advirtieron que se cuida y que lo estaban buscando para matarlo por haber reconocido a quien le disparó a su amigo. A partir de esto, le digo que veía que este susto lo conectaba con la vida y que lo veía aferrado a ella, que no se estaba dejando morir como notaba que lo hacía antes. Luciano me dice que ahora también se quería morir. Yo le señalé que no solo creía que él quería vivir, sino que para mí también era importante que viva. Luciano sorprendido me preguntó porqué. Le respondí que tenía ganas de poder seguir hablando con él y que en algún momento me cuente cómo pudo superar situaciones, que es un joven muy inteligente, con toda la vida por delante y que por sobre todas las cosas es un ser humano, y solo eso es razón suficiente para merecer vivir. Me preguntó si realmente creía que él era capaz de salir de su situación. Le contesté con total sinceridad, que sí y le dije: *"¿si no creyera que sos capaz, vos creés que yo estaría perdiendo el tiempo?"*. Fue una frase fuerte. Luciano me dijo con la voz entrecortada que ya no quería hablar más, si lo podía llamar al otro día.

Su forma tan natural de hablar sobre la muerte yo la veía extraña. Sin embargo en algunos otros momentos me encontré hablando de rapiñas, amenazas, tiros, cuchilladas, persecuciones, como si fuese para mí también algo tan cotidiano como para él.

En otra conversación Luciano me cuenta: *"corté que me levanto todos los días pensando en lo que pasó, lo de la muerte de mi amigo. Yo lo dejé tirado. Yo no tendría que haber salido corriendo. Corté que si es para uno era para todos, y yo me fui pum, me tiene re quemado eso"*. Si bien yo sabía que así son los códigos, debía sacarlo de ese lugar. Durante el trabajo con él entendí que si Luciano se seguía sintiendo parte de los pibes lateros o pibes chorros, no había otro destino que la prisión o la muerte. Le expresé que lo que hizo

es un reflejo natural que todos tenemos para preservar la vida y que como le había señalado hace poco, pensaba que no porque sea para el amigo tenía que ser para todos, cada uno es uno, y esos disparos fueron dirigidos a su amigo y no a él. Le continúe hablando de que cualquier muerte es difícil, pero que esto que está pudiendo hacer, el poder hablarlo, con los tiempos que pueda y de la manera que pueda, era el camino a seguir para poder superarlo pero no olvidarlo. Le transmití tranquilidad y le expliqué que iba a ser un proceso largo, pero que él ya había empezado a conectarse con la vida.

Durante una conversación telefónica, él comienza a cantar y me sugiere: *“buscá esta canción que es de mí para vos. Se llama YO TENGO UN ANGEL”*.

Me resulta importante transcribir la misma dado que es un regalo en transferencia:

*“Como todo ser humano he tenido mi tropiezo*

*Pero el ángel me acompaña aunque no me quede un peso*

*Tu protección no tiene precio más allá de lo real, espiritual*

*Sé que no me va a fallar*

*Que me ha visto reír pero también llorar*

*Cada cual con su ángel con su forma de actuar*

*Yo tengo un ángel*

*Que me protege de los envidiosos*

*Que ese ángel me protege y no le importa si yo soy un vicioso*

*Yo tengo un ángel que siempre está, siempre detrás de mí*

*Y un ejército de guerreros y ese ángel me protege*

*de los que no son sinceros*

*Comienza el drama, me levanto de la cama,*

*Me cepillo los dientes y miro el Sol salir  
Prendo una vela con mucha cautela  
Afuera está lloviendo sin saber quién va a morir  
Lo que el destino no ha escrito, lo escribimos  
Nosotros, a nosotros nos toca el destino escribir,  
Aun la vida esté dura y el gobierno lo empeore  
A nosotros nos toca decidir  
Hay días en que yo cruzo el barrio en pleno tiroteo  
Y él va detrás de mí, no tengo miedo, él es mi compañero  
Y me da las esperanzas para sobrevivir  
Si me hago reco y pierdo la fe  
A medio caminar el ángel me dice a mí:  
Levántate de la cama y enfréntate a la vida porque tú naciste  
pa' sobrevivir".*

Luego de esto, en un encuentro, le regalé a Luciano un cuaderno y le propuse que lo escriba o dibuje con lo que quiera. El me pidió si podía ser yo quien escriba un libro. Me sugirió que él en cada encuentro me iría contando cosas que quería poner pero que sea yo quien lo escribiese. Le respondí que me parecía una muy buena idea la del libro, que lo podía ayudar, pero que era necesario que él pudiera escribir su propia historia, que eso sí le pertenecía, su historia y como dice la canción, también su propio destino.

### **A modo de conclusión**

Son varios los interrogantes que este caso me plantea, y desde el lugar de psicóloga-psicoanalista son muchísimas las inquietudes referidas a: ¿qué hacer? ¿Cómo hacer? ¿Hasta dónde llegar? ¿Desde qué lugar? ¿Con quién trabajar? ¿Qué escuchar y cómo escucharlo?

Mi primer planteo fue: ¿con quién nos encontramos cuando frente a nosotros se nos coloca un adolescente que roba desde hace más de nueve años, que consume drogas y que rompe todo tipo de normas?

Nos encontramos con un joven que presenta conductas antisociales, que llamamos delincuente y que se encuentra en un sistema social incapaz de sostener y contener.

Cuando existe un joven con tendencia antisocial, nos está hablando de que él mismo durante algún momento temprano de su infancia sufrió una verdadera privación y no una simple privación. Se trata de que perdió algo bueno que en algún momento ejerció un efecto positivo sobre su experiencia y que le ha sido quitado. Situación que ha persistido por un lapso tan prolongado y por eso el joven ya no puede mantener vivo el recuerdo de la experiencia vivida.

Luciano hace considerables años que mantiene este tipos de conductas. Todas ellas reforzadas por las referencias o personas posibles a identificarse, pero también sostenidas por muchas instituciones que no lograron brindarle una estructura que este joven sienta contenedora.

Según mi experiencia con este caso y compartiendo ideas de Winnicott (1984), el método terapéutico indicado para el joven es aquel que le otorga un cuidado que él mismo puede redescubrir y poner a prueba. Para este autor, mientras el paciente sea psicoanalítico, el analista puede hacer que la transferencia tenga peso fuera del marco analítico, o bien prever que la tendencia antisocial alcanzará su potencia máxima dentro de la situación analítica; entonces será menester que el analista esté preparado para soportar su impacto.

Teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto, al decir de Winnicott (1984), el tratamiento que resultaría apropiado para la tendencia antisocial es ir al encuentro de un momento de esperanza y estar a su altura.

Se puede entonces hacer una psicoterapia pero fundamentalmente el tratamiento que se adecua es poder proporcionarles un ambiente firme, estable, con cuidado y amor.

El caso muestra cómo en la búsqueda de un ambiente firme y estable, realicé un recorrido que atravesó diferentes momentos en relación a las instituciones, la familia y el vínculo terapéutico con Luciano. En la última etapa

en la que vínculo con él era más seguro, creí no necesitar una institución que me respalde o que contenga a Luciano porque mi profesión era la base sólida desde la que estaba trabajando. Entendí que lo que verdaderamente sostenía a Luciano era el vínculo estable con alguien que lo entendiera y lo escuchara, alguien que no lo abandonara ni lo dejara solo, que lo mirara sin erotizarlo, poniendo límites y por sobre todas las cosas alguien al cual él no sienta que puede destruir.

*Primera versión: 05/07/2015*

*Aprobado: 07/09/2015*

## **Bibliografía**

Winnicott, D. W.; Winnicott, C.; Shepherd, R.; Davis, M.: (1984) *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós, 1991.

## **Resumen**

El siguiente trabajo pretende visualizar a partir del caso clínico de un adolescente, la importancia desde el punto de vista de la constitución psíquica, de todo aquello que ocurre en lo arcaico, centrando la mirada en el primer vínculo madre-niño.

Visualizar de qué forma, algunas fallas que se pueden presentar en este vínculo, pueden generar lo que Winnicott denomina “deprivaciones” en la infancia, pudiendo producir una distorsión en el proceso de maduración psíquica del niño, impidiendo la posibilidad del pasaje a la independencia.

Asimismo identificar las posibles consecuencias de estas “deprivaciones” infantiles -repetidas a lo largo de su desarrollo-, y la forma en la cual se podrían poner de manifiesto en la entrada a la adolescencia, con formas de vincularse a partir de conductas antisociales, con el intento de encontrar en el entorno aquello que percibió como algo que le fue quitado en sus primeros años de vida.

Finalmente se culmina exponiendo la forma en la cual se realiza dicho proceso terapéutico, con encuadres modificables, pero manteniendo siempre una mirada de análisis psicoanalítica, centrando principalmente en el vínculo terapéutico como posibilidad de generar, a partir del mismo, formas de simbolización.

**Palabras clave:** deprivación; adolescencia; conducta antisocial; vínculo terapéutico.

### Summary

Starting with a teenager's clinical case, the present work seeks to visualize the importance, from the point of view of the psychic constitution, of everything that happens in the archaic, focusing the attention on the first bond: the mother-child bond. It attempts to visualize how certain failures that may appear on this bond, may generate what Winnicott calls "deprivations" in childhood that may even produce a distortion in the process of the child's mental development, preventing the possibility to become independent.

Furthermore, it intends to identify the eventual consequences of these "deprivations" during childhood (repeated throughout the child's development) and the way in which they may be brought to light when approaching adolescence, linking themselves through anti-social behaviors, trying to find in the environment all that he sensed that has been taken away from him during his first years of life.

At the end, it finishes with the explanation of how this therapeutic process is carried-out, with adjustable contexts, but keeping always the focus on a psychoanalytic analysis, centered mainly on the therapeutic relationship as the possibility to generate different forms of symbolization, from this point of view.

**Key words:** deprivation; antisocial behavior; adolescent; therapeutic relationship.

### Résumé

Le présent travail essaie de visualiser, à partir du cas clinique d'un adolescent, l'importance dès le point de vue de la constitution psychique, de tout ce qui se passe dans l'archaïque, centrant le regard dans le premier lien: le lien mère-enfant.

Il essaie de visualiser de quelle forme certains faillites qui peuvent se présenter dans ce lien, peuvent générer ce que Winnicott dénomme "déprivations" dans l'enfance, lesquelles peuvent produire une distorsion dans le processus de la maturation psychique de l'enfant, lui empêchant la possibilité du passage à l'indépendance.

De même, ce travail prétend identifier les possibles conséquences de ces “déprivations” de l’enfance (répétés pendant tout son développement) et la façon dans laquelle elles pourront se manifester au début de l’adolescence, avec les différents formes de se lier à partir de conduites antisociales, en essayant de trouver dans l’environnement ce qu’il a noté comme quelque chose qu’on lui a été enlevé dans ses premières années de vie.

Finalement, le travail fini en exposant la forme dans laquelle le dit procédé thérapeutique est réalisé, ayant des cadrages modifiables, mais gardant toujours un regard d’analyse psychanalytique, se centrant principalement dans la relation thérapeutique comme la possibilité de générer, à partir de cette relation, des formes de symbolisation.

**Most clés:** deprivations; adolescent; conduite antisociale; relation thérapeutique.

**Agustina Pérez Gomar**

agustinaperezgomar@hotmail.com